



SEGUNDA SESIÓN

Introducción

En esta catequesis vamos a intentar entrar en la vida del Padre Damián, conocer sus trabajos, lo que le movía y preguntarnos también sobre nuestra vida, lo que nos mueve, lo que hacemos...

Documento 1:

Oración: el documento de ésta va adjunto (oración); la clave que tratamos de exponer, y en la que os invitamos que también vosotros enfaticeis es la fuerza que nos da Cristo, que sin Él no sería posible nada de nuestro trabajo. (10)

Documento 2:

Carta del hermano: este documento también va adjunto; después de hacer la oración recordaremos un poco la catequesis anterior, y posteriormente leeremos una carta que le escriben sus padres. La carta es inventada, porque le intentamos dar un enfoque muy vocacional, pues preguntamos en ésta qué es lo que le lleva a irse tan lejos, si es feliz o no, si está seguro... en el fondo que los chavales intenten ponerse en el papel del Padre Damián. (5)

Leída la carta tienen que responder a los padres como si fueran Damián.

Documento 3:

Corte de la carta (antes de terminar) y **experiencia guiada:** empezarán a escribir la carta que le hemos pedido... pero de repente le diremos que paren, que la dejen tal como está, y comenzaremos a llevar la experiencia –tendremos que acondicionar la habitación, es decir, que cierren los ojos, que haya poca luz, si es posible una música muy bajita y tranquila de fondo–, y para ello tendremos un guión (anexo: Experiencia guiada) y que iremos narrando. Lo “bonito” de esta experiencia guiada consiste en que es un día en Molokai, es decir, que seremos el Padre Damián durante 24 horas, y el comienzo será que nos hemos quedado dormidos escribiendo una carta (la carta que estábamos escribiendo anteriormente y que les hemos dicho que pararan de escribir), lo que intentamos es transportar a los niños a esa realidad que vivió Damián realizando esa conexión al crear la similitud de la carta del grupo con la de la experiencia. (25)

–Finalizar la carta: ahora con todo lo vivido... terminaremos la carta que antes empezamos. Esto lo hacemos para que saquen los sentimientos que han experimentado y así, también, acercarnos un poco más a la realidad del Padre Damián. (15)

Documento 4.

Lectura de una **carta de Damián** a su hermano Pánfilo. Con esto acabaremos. (5)

Material necesario: folios que simulen las hojas sobre las que escribe Damián la carta, bolígrafos, música de fondo para la experiencia guiada, radio cd



Oración

La vida del Padre Damián, sin duda fue heroica, llamó la atención y se ganó la merecida admiración de los medios de comunicación, de naciones enteras, de grandes personajes...

Gandhi: *"Merece la pena preguntarse por la fuente del heroísmo del padre Damián"*

Damián responde con vehemencia y con seguridad:

Sin el Santísimo Sacramento una posición como la mía no sería tolerable. Pero teniendo a Nuestro Señor cerca de mí, estoy siempre alegre y trabajo con ardor por la felicidad de mis leprosos.

Sin la constante presencia de nuestro divino Maestro en mis pobres capillas, no habría podido, sin duda, perseverar en mi resolución de compartir la suerte de los leprosos de Molokai.

No, no querría recuperar la salud, si mi partida de la isla y el abandono de mis trabajos hubieran de ser el precio que tuviera que pagar

Su respuesta es contundente, y... ¿tenemos nosotros también, cerca, esa fuente de la que habla P. Damián? ¿estaremos ignorando Aquello de lo que mana una fuerza tan maravillosa como para hacer lo que hizo él?.

Madre...! Que no nos cansemos...!

Siervo de Dios, Monseñor Manuel González

*MADRE Inmaculada! Que ¡Madre Inmaculada! ¡Que no nos cansemos!
¡Madre nuestra! ¡Una petición: Que no nos cansemos!*

*Sí, aunque el desaliento por el poco fruto
por la ingratitud nos asalte,
aunque la flaqueza nos ablande,
aunque el furor del enemigo nos persiga y nos calumnie,
aunque nos falten el dinero y los auxilios humanos,
aunque vinieran al suelo nuestras obras
tuviéramos que empezar de nuevo...
¡Madre querida! ¡Que no nos cansemos!*

*Firmes, decididos, alentados, sonrientes siempre,
con los ojos de la cara fijos en el prójimo
en sus necesidades, para socorrerlo;
con los ojos del alma fijos en el Corazón de Jesús
que está en el Sagrario,
ocupemos nuestro puesto,
el que a cada uno nos ha señalado Dios.*

*¡Nada de volver la cara atrás!
¡Nada de cruzarse de brazos!
¡Nada de estériles lamentos!*

*Mientras nos quede una gota de sangre que derramar,
unas monedas que repartir,
un poco de energía que gastar,
una palabra que decir,
un aliento de nuestro corazón,
un poco de fuerza en nuestras manos o en nuestros pies,
que puedan servir para dar gloria a Él y a Tí
para hacer un poco de bien a nuestros hermanos...*

*¡Madre mía, por última vez!
¡Morir antes que cansarnos! No nos cansemos! Madre nuestra! Una petición! Que no nos cansemos!*



Carta de su Padre con motivo de su despedida

Damián llevaba sólo un par de meses en Molokai.

Queridísimo hijo:

Tu ausencia empieza a dolernos, empieza a quemar por dentro, pues no sabemos nada de ti.

Aquí los días pasan, la familia entera rezamos por ti muy fervientemente; no hay muchas novedades para contarte, simplemente que ayer vino tu hermano y nos trajo un pequeño regalo de un monasterio, era muy bonito, Pánfilo estaba triste, pero le brillaban los ojos cuando, al hablar de ti, decía que eras muy feliz;

Leo en los periódicos la situación que estáis viviendo allí, y ciertamente es conmovedora...debe ser tan difícil.

Es cierto, que ahora mis lágrimas empapan el papel que estoy escribiendo, no me salen las palabras y el pulso me tiembla, no quiero preocuparte, pues muy sobradamente sé que tienes muchísimo trabajo, pero es que, en el fondo, no consigo entenderte, no sé que te ha movido a irte tan lejos, y a una situación tan dura... ¿eres feliz realmente? ¿por qué con los leprosos? ¿no podrías servir a Dios de otra forma?... necesito que me respondas, por favor no te enfades con tu viejo y cansado padre por pedirte una respuesta a tantos interrogantes, al menos así, con las palabras escritas de tu puño y letra me mente descansará.

Ya me despido, sólo Dios sabe cuánto te quiero, espero recibir noticias tuyas.

Que el Señor te bendiga ahora y siempre.

Tus Padres.



Experiencia guiada

Padre Damián, Padre Damián... oigo mi nombre que viene desde fuera acompañado por unos fuertes golpes que dan en nuestra puerta.

Abro los ojos, y lo primero que veo es la carta, sobre la mesa, que estaba escribiendo a mi padre. Me he quedado dormido escribiendo. Me levanto muy rápido y me sacudo un poco el hábito... lo cierto es que está un poco sucio, parece marrón en vez de blanco, y me fijo muy brevemente en lo bonito que es mi queridísimo símbolo de los SS.CC.

Un momento por favor, ahora mismo voy –le grito a la persona que me reclama fuera–. Empiezo a mirar mi cuarto ,busco las medicinas que siempre llevo encima cuando tengo que visitar a algún leproso –eso es prácticamente todos los días–, miro en la desvencijada y rota mesita de noche, en la pequeña sillita que está en el otro extremo de la habitación, está todo tan desordenado y es todo tan pobre... al fin la encuentro, estaba en un maleta que había en el suelo; salgo muy rápido de mi pequeñísima casa, es muy temprano, apenas hay sol; es Gilberto, un niño leproso del orfelinato, viene jadeando y parece asustado.

–Tranquilo hijo, ¿Qué ha pasado?

–Padre, María Gabriela...

Vamos corriendo hasta el orfelinato, estaba a unos 500 metros, y al llegar la gente está un poco consternada... me saludan, me tocan... el olor de este lugar es inaguantable, las llagas de estos pobres desgraciados deja un olor repugnante, el aire está cargado de virus, es asfixiante, apenas se puede respirar... camino rápido por los pasillos, está todo tan demacrado, las paredes pierden su color, el suelo tiene manchas y algunos boquetes... al fin llego a la habitación donde se encontraba Gabriela. Está medio inconsciente, sus llagas tienen gusanos –las mismas que devoran los cadáveres–, las costras de su piel están negras... eso es signo de muerte.

–Querido Padre, me voy con el Señor –me dice Gabriela.

Me arrodillo frente a la cama que estaba acostada, y le cojo la mano.

–Hija mia, sonríale cuando lo vea, Él te estará esperando con los brazos abiertos –cojo un ungüento y un trapito de la maleta y le limpio un poco las llagas–. Ella me sonrío, charlamos un rato, se confiesa, después le administro en el nombre de Cristo el sacramento de la Unción con el óleo santo... Después de unos minutos, y estando en paz, cierra los ojos. Se le ha quedado la sonrisa en los labios, ahora su alegría, para siempre, será Cristo.

Salimos afuera para realizar el entierro, prácticamente casi todas las semanas tengo varios, y cada vez duelen más. Llevo el cuerpo en mis brazos, estamos saliendo del orfelinato, miro hacia atrás y veo que me acompañan todos mis queridos niños leprosos –todos llenos de llagas, su piel es amarillenta, desfigurados por la miserable lepra... se me rompe el corazón.

Después del entierro, tenemos la habitual misa de la mañana. Me pongo la casulla y la estola, y salgo a presidir la Eucaristía... que imagen tan preciosa, me encuentro aquí, detrás del altar y los miro... todos leprosos, todos marcados por el sufrimiento, con los ojos puestos en un crucifijo colocado detrás de mí... en sus ojos hay esperanza, hay conversión... las lágrimas me resbalan por las mejillas, ¡qué grande es Dios!

Después de la eucaristía de la mañana, hasta la hora de la comida, me la paso visitando, curando y confesando a mis hermanos.

Voy andando por el pueblo, aun en la calle el olor es repugnante, las calles son de arena y piedra, es muy incómodo andar por aquí, las casas son de madera y bastante pequeñas, el cielo se ha oscurecido y parece que va a llover fuertemente. Me dirijo a casa de una mujer que después de la misa me pidió que la visitara. Llego a la casa, llamo a la puerta y me abren inmediatamente. La casa, como todas, es muy humilde, de madera, y tiene muy pocos muebles... una mesita, 2 sillas, y un cuadro de un niño; es una mujer viuda que vive sola, hace muy poco que sufre la lepra.



–Buenos días padre.

–Buenos días querida hermana.¿que tal está todo?, le contesto.

Al cabo de unos minutos, me pide confesión. Para mi es un gran regalo que la gente ponga su confianza en mi. Durante la confesión empieza a sonar la fuerte lluvia, entra agua por algunos agujeros de la puerta, el viento tambalea un poco la casa, pero seguimos adelante, no paramos; la lluvia se hacía más fuerte y el viento era ensordecedor.

Pasa un largo rato hasta que la lluvia y el viento cesan. Me despido de la amable mujer, sin embargo su aspecto es triste, al oscuro vestido le acompañan llagas y costras en la piel.

–Vaya usted con Dios , padre.

–Muchas gracias, siga rezando, Dios la bendiga; le contesto mientras abro la puerta.

Salgo a la calle y enfrente me sorprende la imagen de una casa casi derrumbada, imagino que habrá sido por el fuerte torrencial; la casa, de madera, está a punto de caerse, y varias personas están arreglándola, uno subido a una escalera, otro aguanta las herramientas, otro viene cargado con algunos troncos que servirá para reconstruir la parte dañada. Inmediatamente me añado a la ardua tarea, pasan las horas... mientras arreglamos la casa, cantamos canciones, siempre debemos estar alegres, incansables... uno de ellos me dice:

–Padre, que bueno es usted...

–Yo sólo soy un humilde cristiano, que intenta cumplir con la voluntad de nuestro Padre.

–Pero Padre, si se queda aquí también enfermará. Me replica.

–Pues no quiero la curación si es el precio por abandonar la isla. Gibson, que así se llamaba, me regala una sonrisa mientras cogía el martillo que yo le pasaba.

Me despido, hemos acabado, serán casi las 5 de la tarde y vuelvo a mi capilla pues tenemos el santo rosario. Voy andando por las calles de este desdichado pueblo, llevo mi habitual hábito de mi querida congregación, la tarde empieza a caer y la oscuridad hace aun más gris este martirizado paisaje.

Llego a mi iglesia, y ya me esperan para el santo rosario, sobre todo son niños, los niños del orfanato. Rezamos todos juntos, sentado en la iglesia, mirando nuestro amadísimo crucifijo, yo me pongo el último, para así poder observarlos a todos... sentados, con los ojos cerrados, con un rosario de madera entre las manos, algunos se distraen y miran al techo, otros lloran... aritza, con su particular cola, Yelitza, con esa sonrisa tan bonita, Yveliz con esos ojos verdes, Heallyvette, Claudette, Gloryvette, Karima... todos, mis pequeños y amados leprosos.

...ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén.

Acabamos el rosario, y posteriormente tenemos catequesis... vienen varios catequistas a ayudarme con todos mis huérfanos, hacemos grupos de 10, pues somos unos 60.

Serán las 9 de la noche, al terminarla me retiro y entro en la iglesia... necesito estar solo... Este momento de la noche es siempre especial para mí, hago la adoración y en ella me siento unido a todos mis hermanos de los Sagrados Corazones, abro mi corazón y me dirijo a Cristo:

–Señor te doy muchas gracias por este día, me he olvidado hasta de comer, que aunque muy cansado, ha sido plenamente para ti, sólo por ti. Si tu no estuvieras siempre conmigo, presente en la Eucaristía, una situación como la mía sería insostenible. Pero contigo a mi lado puedo seguir feliz y contento.

Vuelvo a mi casa, que está a pocos minutos andando. Al entrar me dirijo directamente a la mesa en la cual hay una carta para mi padre, me siento, enciendo la pipa, cojo el bolígrafo, y continuo escribiendo...



La tradicional carta anual a su hermano, en la que da libre curso a sus confidencias, lleva esta vez el sello de una gran serenidad. Encuentra su alegría en el servicio a los leprosos y asemejándose a Cristo. Está de algún modo fuera de su alcance. En adelante, nadie podrá ya turbar esta paz interior.

Carta al hermano

Molokai, islas Hawai
9 de noviembre de 1887
V.C.J.S

Querido hermano:

Supongo que la razón por la que ya no me escribes se debe a que algunos periódicos belgas han publicado la muerte de tu hermano exiliado. Desgraciadamente, Dios todopoderoso todavía no me ha sacado fuera de este desdichado lugar y aún sigo aquí, aunque inútil, cumpliendo mi tarea diaria como de costumbre, no sé por cuántos años más. Ha sido del agrado del Señor confiarme el cuidado del bienestar espiritual de los infortunados leprosos desterrados en Molokai. Como ya sabes, hace tiempo que la Divina Providencia me escogió para convertirme en víctima de nuestra repugnante enfermedad. Espero permanecer eternamente agradecido a Dios por este favor. Me parece que esta enfermedad abreviará un poco y hasta hará más estrecho el camino que me conducirá nuestra querida patria. En esta esperanza he aceptado esta enfermedad como mi cruz especial; trato de llevarla como Simón Cirineo, siguiendo las huellas de nuestro divino Maestro. Te ruego me ayudes con tus oraciones, para que me obtengan la fuerza de la perseverancia, hasta que llegue a la cima del calvario.

Aunque la lepra se haya agarrado con fuerza a mi cuerpo y me haya desfigurado un poco, continúo estando fuerte y robusto y los terribles sufrimientos de mis pies han desaparecido. Hasta ahora la enfermedad no ha deformado mis manos y continúo diciendo todos los días la santa Misa. Este privilegio es mi mayor consuelo, para mi como para la felicidad de mis numerosos compañeros de miseria, que todos los domingos llenan mis dos iglesias, en las que reservo perpetuamente el Santísimo Sacramento. Cincuenta huérfanos viven aquí conmigo y me ocupan casi todo el tiempo libre. La muerte ha hecho disminuir el número de mis enfermos de manera que ahora me quedan unos 500. Sin embargo, el gobierno los envía ahora por docenas todas las semanas y es de esperar que su número se vea duplicado y aun triplicado en poco tiempo. Por eso, si el Todopoderoso me conserva las fuerzas tendré cada vez más trabajo para cosechar las pobres almas de estos leprosos que reciben la gracia de la conversión. Te ruego encomiendes a todos tus hijos espirituales que recen por un gran número de ellos. Me refiero a nuestros desdichados parias, porque muchos de ellos están más atacados por la lepra espiritual que por la del cuerpo. El demonio nos ha traído a los mormones inmorales y son los peores enemigos porque impiden la conversión de los pobres pecadores. Qué difícil es recuperar a alguien que han atrapado en sus redes.

Hago cuanto puedo por plantar y regar el campo que nuestro divino Salvador me ha confiado. Aquí y allá arranco también alguna mala hierba. Pero para obtener el verdadero fruto de conversión necesito de modo especial las oraciones de las almas devotas y compasivas con mis pobres leprosos, Así, puesto que no vienes en persona, ruego que al menos te asocies a mi misión, totalmente excepcional, para conseguir su conversión.

Continúo siendo el único sacerdote en Molokai. El padre Columbano y últimamente el padre Wendelin Moellers son los únicos hermanos que he visto desde hace dieciséis meses. Por tener tanto que hacer, el tiempo se me hace muy corto; la alegría y el contento del corazón que me prodigan los Sagrados Corazones hacen que me crea el misionero más feliz del mundo. Así el sacrificio de mi salud, que Dios ha querido aceptar haciendo fructificar un poco mi ministerio entre los leprosos, lo encuentro después de todo bien ligero e incluso agradable para mi, atreviéndome a decir como san Pablo: "Estoy muerto y mi vida está escondida con Cristo en Dios".

Tu hermano,

José, H. Damián de Veuster de los SS. CC.